

UNAS NOTAS SOBRE
DOMINGO DOMINGUÍN,

Carlos Abella*



La historia del toreo se ha enriquecido durante muchos años por la existencia de las dinastías taurinas, suerte de árbol genealógico en el que comparten el mismo tronco diestros de distinto concepto, de diferente personalidad, de siglos distintos, pero de idéntica genética. Y han sido las dinastías las que durante mucho tiempo han nutrido el escalafón de diestros con o sin alternativa. Y así, y solo a título de ejemplo tenemos la dinastía de los *Gallo*, los *Vázquez*, la de los *Martin Vázquez*, la de los *Litri*, los *Belmonte*, *Lalanda*, *Lozano*, la de los *Ordóñez*, y por supuesto dos de las más célebres: la dinastía *Bienvenida* y la dinastía *Dominguín*.

De estas sagas taurinas han surgido toreros de distintas personalidades, de distinta suerte, de trayectorias triunfales o simplemente honoríficas, y dejo al inteligente lector que evoque y ponga nombre a los *José Gómez Gallito*, *Juan Belmonte*, *Pepe Luis Vázquez*, *Antonio Ordóñez Miguel Báez Litri*, *Manuel Rodríguez Manolete*, entre otras muchos.

Pero escrito este preámbulo, quiero centrarme en la ilustración de la dinastía *Dominguín* y en particular de la figura de *Domingo*, el mayor de los hijos del creador de la misma, cuya

* Escritor y autor de *Luis Miguel*, (Editorial Espasa 1995), y *Luis Miguel Dominguín, a corazón abierto*. (Editorial Bellaterra 2016).

personalidad desborda con creces el mero ámbito taurino y se ofrece como uno de los tipos más atractivos del mundo de los toros del siglo XX y digno heredero de la identidad de su padre, al que es inevitable citar como –en opinión de muchas personas con las que he hablado– uno de los personajes más listos, creativos y habilidosos que han ocupado los despachos de las plazas de toros y se ha ocupado de la gestión de las ejecutorias taurinas profesionales de diestros de la valía de Domingo Ortega, Joaquín Rodríguez *Cagancho*, Fermin Espinosa *Armillita* y por supuesto de la de su propio hijo, Luis Miguel *Dominguín*, una de las indiscutibles figuras del toreo.

DON DOMINGO, EL PATRIARCA

Por ello, antes de centrar esta reflexión en la figura de Domingo Dominguín, *Dominguito*, procede aludir al patriarca de esta dinastía, Domingo González *Dominguín*, que nació en Quismondo, provincia de Toledo, a unos sesenta kilómetros de Madrid y a cuarenta de Toledo, en el seno de una familia humilde y dura de carácter que hizo de todo para salir adelante. Tras varios episodios dignos de la novela picaresca, hizo una corta trayectoria profesional, eso sí coronada por la alternativa que le concedió el *Joselito* el 26 de septiembre de 1918, en la plaza de toros de Madrid, en presencia *Varelito*, lidiando toros de Contreras. Con sus primeras ganancias rescató a sus padres de Quismondo, y se instaló en una casa de la calle Barquillo, cerca de la plaza del Rey y de la casa natal de Joaquín Costa. En 1919, Domingo conoció en la estación de Pamplona a Gracia Lucas Lorente, una pelotari nacida en el pueblo almeriense de Tijola; se enamoraron y se casaron ese mismo año, en septiembre de 1919, justo al acabar la temporada, en la iglesia de Chamberí de Madrid.

Domingo recorrió las plazas de España lidiando toros muy difíciles y superando la gravísima cornada que sufrió en el vientre, en la capital de México, el 1 de noviembre de 1921. Pero

intuyendo pronto la dificultad de la profesión, Domingo se orientó hacia otras actividades taurinas, como la de empresario, y de hecho su primera experiencia como tal se produjo precisamente en México, en la plaza de toros de Querétaro, donde organizó corridas con toreros de la categoría de Rodolfo Gaona e Ignacio Sánchez Mejías. En 1923 con sus primeros ahorros compró la Finca “La Compañanza”, situada a siete kilómetros de Quismondo y que le costó setenta y cinco mil pesetas. Domingo se mantuvo



Fig. n.º 10.- Domingo *Dominguín* recibiendo su lote en el momento del sorteo de los toros, en las Fiestas de San Fermín. Apud Wikipedia.org.

en activo hasta 1925 teniendo lugar su postrer festejo en la plaza de toros de Toledo, el día del Corpus, y en ella Domingo era a la vez empresario, habiendo contratado para el acontecimiento a Ignacio Sánchez Mejías, con el que le unía una gran amistad.

El matrimonio Domingo–Gracia tuvo varios hijos; el primero, Domingo, nació el 10 de junio de 1920, en la casa familiar de la calle Echegaray, número 7. Pepe vino al mundo el 19 de marzo de 1922 y fue bautizado también en la cercana iglesia de

San Sebastián. En 1924 nació la primera hija, Gracia, a la que siempre llamaron *Pochola*, cuando ya se habían ido a vivir a la calle Arrieta. Y el 9 de diciembre de 1925, cuando ya había decidido retirarse de los toros, nació Luis Miguel, en la nueva casa familiar de la calle San Bernardo, número 15, casi esquina a la Gran Vía. Finalmente, en 1929, nació Carmen, cuando toda la familia se había trasladado a vivir a la calle de la Ballesta, donde no estarían mucho tiempo, pues el nuevo hijo obligaría a encontrar una vivienda mayor, en 1930, en la calle Atocha número 30, domicilio éste que ocuparían durante todos los años treinta.

Como empresario, Domingo administró el dinero ahorrado en sus ocho temporadas de matador de toros y comenzó arrendando la plaza de toros de Tetuán de las Victorias, en Madrid, para luego, como socio de Eduardo Pagés, gestionar las plazas de San Sebastián, Jerez, Logroño, Talavera de la Reina, Algeciras, Pontevedra, Gijón y La Coruña, donde fue empresario muchos años. Domingo se arruinó varias veces pero consiguió salir adelante otras tantas y en 1927 descubrió a un torero, que él creyó —con fundamento— de leyenda: Joaquín Rodríguez *Cagancho*, al que firmó una exclusiva de cuatro años que fueron los mejores de la genial trayectoria del gitano de los ojos verdes. Si mérito tiene la dirección del torero, mayor tiene haber adivinado sus condiciones después de haberle visto la primera vez en una novillada en un pequeño pueblo de Sevilla, ya que ese día, le echaron los dos novillos al corral, fracaso que fue frecuente en su vida de matador de toros pues en su primera temporada se dejó veintidós toros sin matar. Allí donde iba el gitano, le acompañaba el escándalo, hasta el extremo de que en Badajoz fue encarcelado, después de dejarse “vivos” sus dos enemigos, con la circunstancia de que al día siguiente, tomaba la alternativa en Murcia, de manos de Rafael *El Gallo*. Su buen olfato se confirmó poco después cuando descubrió las enormes cualidades de Domingo Ortega, que en pocos meses se convirtió en el torero

de mayor categoría del escalafón y en una gran personalidad de la vida social española de esos años.

En 1932, Domingo *Dominguín* se hizo también apoderado de otro torero de tanta dimensión como Ortega, el mexicano Fermín Espinosa *Armillita* lo que le permitió también extender sus dominios a Méjico, donde durante varios años fue el organizador de las temporadas de la plaza “El Toreo” de Méjico en combinación con el empresario local don Eduardo Margeli.

Casi coincidiendo con la proclamación de la República, los *Dominguín* se fueron a vivir a “La Compañía” y allí vivieron el estallido de la guerra civil. Y aquí quiero detener este rápido panorama de su vida, porque el episodio que voy a relatar ilustra muy bien quien fue el padre de los *Dominguín* y la buena pluma de su hijo Pepe, que lo relata en su magnífico libro *Mi gente*. A los pocos días del 18 de julio, un grupo de milicianos se presentó en “La Compañía” y Domingo supo desde el primer momento que venían animados por alguna denuncia y por un rencor social y Domingo supo hacerles frente y afirmarles que no tenía inconveniente en acompañarles a Quismondo y si era preciso a Madrid. Cuando iban por el camino se cruzaron con un camión y una furgoneta, llenos de gentes del pueblo que no estaban dispuestas a permitir que se cometiera un atropello criminal, porque para ellos Don Domingo era su patrón pero también “su camarada y amigo” y que los *Dominguín* habían luchado por sacar adelante a sus familias conforme a la ley. Los vecinos insistieron en que todos estaban dispuestos a acompañarle a Madrid o donde fuera afirmando con determinación, según cuenta Pepe *Dominguín* en *Mi gente*: «Lo que le pase a él nos pasará a todos».

Y así fue como Domingo *Dominguín*, gracias al apoyo de su pueblo, salvó la vida ya que en Madrid, el secretario general del Partido Comunista, José Díaz, al conocer el caso, reconoció que «a un hombre al que apoya su pueblo, es un buen hombre».

Este episodio, ilustra con claridad la personalidad y el peso social y político que Domingo *Dominguín* tenía entre los habitantes de su pueblo. En octubre de 1936 las tropas de Franco entraron en Quismondo, momento en el que muchos republicanos se refugiaron en “La Compañía”, acogidos por la familia *Dominguín*.

Establecido el frente en las inmediaciones de Madrid, al haber fracasado el intento de las tropas nacionales de entrar en la capital, la guerra se prolongó y ello en detrimento de la organización de las actividades taurinas. Pero fue el asesinato en Méjico de su socio Eduardo Margeli –a manos de un novillero de escasa proyección, llamado Antonio Popoca– el acontecimiento que motivó que Domingo *Dominguín* decidiera viajar a la República mejicana, para intentar salvar su participación en la empresa que llevaba los asuntos taurinos de la plaza de toros de “El Toreo”. Con apenas tres mil pesetas, el 17 de octubre de 1936, toda la familia *Dominguín* salió en una camioneta hacia Salamanca. Los niños tenían 16, 14 y 11 años, respectivamente, y las niñas, Pochola y Carmina, doce y siete. Y de Salamanca siguieron viaje a Lisboa y días después, toda la familia se embarcó en el transatlántico “Saturnia”, con destino Nueva York, donde al llegar descubrieron con tristeza que sus papeles no estaban en regla y fueron internados provisionalmente en las instalaciones que las autoridades de inmigración americanas tenían en *Ellis Island* y desde la que veían con emoción la tan anhelada Estatua de la Libertad. Resuelto el papeleo, los *Dominguín* embarcaron en otro vapor que les llevó al puerto mejicano de Veracruz, en pleno Golfo de Méjico, donde les estaba esperando el gran amigo de Domingo, el coronel Escalante, quien les reveló que las autoridades mejicanas habían decidido nacionalizar la plaza de toros de “El Toreo”, obligando así a Domingo a malvender sus acciones, que le fueron pagadas en joyas. Vivieron unas semanas en Méjico D.F. en una vivienda

alquilada en la calle Tuxpan, y en este tiempo, Domingo y su familia recibieron un trato inmejorable de Fermín Espinosa *Armillita* y su familia, y los chicos mayores –Domingo y Pepe– hicieron amistad con Luis Castro *El Soldado*, diestro mejicano de gran personalidad.

Domingo consiguió establecer los contactos suficientes para regresar a Europa, y en concreto a Portugal, donde toda la familia se estableció una pequeña temporada. Y fue allí, en Lisboa, donde varios amigos le propusieron Domingo, que sus hijos torearan en público en la plaza de Campo Pequeno, organizándose un festival en el que los tres hijos salieron vestidos de corto.

DOMINGO, GENIAL, UTÓPICO Y BOHEMIO

Y es en este punto en el que procede aparcar la increíble peripecia taurina, de Domingo *Dominguín* y su familia para ya relatar la de su hijo Domingo, al que todo el mundo conocerá siempre como *Dominguito*. Durante la guerra Domingo y sus tres hijos, simples becerristas, participaron en una veintena de festivales y al final de la misma, la familia dejó su casa de la calle Atocha para trasladarse a la que será el domicilio y sede de su máximo esplendor taurino, en el número 35 de la calle del Príncipe.

Seductor, bohemio, atractivo y disparatado, Domingo González Lucas ha sido además del hermano mayor de Luis Miguel, uno de los pocos hombres que ha tenido influencia y ascendente sobre él. Dotado de una gran personalidad, de un ingenio poco común y de un enorme poder de sugestión y encanto, Domingo *Dominguín* ha sido uno de los tipos humanos más originales de la vida española de la posguerra hasta la muerte de Franco, acontecimiento que no llegó a vivir, por apenas unos días.

En una de nuestras muchas conversaciones, Luis Miguel me reconoció: «Domingo era una de esas personas que siempre, hiciera lo que hiciera, me daba calor y alegría». Y es que su

debilidad por Domingo fue constante y permanente, hasta que sus vidas se separaron, ya en los años setenta. Precisamente sobre esta última etapa de sus vidas se ha escrito poco. Los amigos de Domingo, que tanto le recuerdan con admiración, tienen un reproche histórico contra Luis Miguel, cual es el de haber “abandonado” a su hermano a su suerte. Reprochan que Luis Miguel le hubiera desvinculado de sus proyectos empresariales en Ecuador.

Quienes eso sostienen, no valoran que la bohemia y disparatada vida de Domingo había transcurrido siempre amparada en la productividad de su hermano que fue una gran figura del toreo y que ganó mucho dinero entre 1944 y 1973, salvo en los intervalos en los que estuvo alejado de los ruedos y en estos años Luis Miguel recibió suculentas ofertas económicas de empresarios y apoderados que siempre rechazó porque Luis Miguel no tuvo otro apoderado que su padre, primero, y que su hermano Domingo después, y ellos fueron quienes recibieron el lógico y merecido porcentaje que corresponde a quien administra, gestiona y organiza la campaña taurina de un torero de la importancia y protagonismo de Luis Miguel *Dominguín*. Durante estos muchos años, la romántica concepción de la vida de Domingo le llevó a emplear sus honorarios en empresas e iniciativas comprometidas y entre ellas, la más significativa fue su ayuda al Partido Comunista y a varias de sus realizaciones de índole cultural, como fue la producción de la película “Viridiana”, dirigida por Luis Buñuel.

Cuando en 1973, Luis Miguel se retiró de los toros, y arrendó la plaza de toros de Vista Alegre a los Hermanos Martínez Uranga, Domingo ya había decidido abandonar España e instalarse en Ecuador. Hasta allí llevó sus últimas ilusiones y su ya gastada utopía personal, buscando rehacer su vida afectiva y financiera. Por ello, ese factor no fue sino uno más de los que contribuyó a su depresión final, que le llevaron al suici-

dio. Y fue en Ecuador donde le asaltó la gran decepción final, a la que optó por vencer, disparándose un tiro.

DOMINGO VOLUNTARIO EN LA GUERRA CIVIL

Cuando en 1937, toda la familia *Dominguín* se encontraba en Lisboa, Domingo padre vio una oportunidad de negocio en Méjico y allí se dirigió en compañía de su fiel amigo *Chocolate*. A su regreso, descubrió que su hijo Domingo atraído por románticos ideales se había alistado voluntario en la 2ª Bandera de Castilla, que pronto fue destinada a “El Pingarrón” en el frente del río Jarama, bajo el mando de un falangista de verbo caliente, poblado mostacho y coraje notable, José Antonio Girón de Velasco, con el que en seguida hizo muy “buenas migas”, coinvirtiéndose en uno de sus más fieles escuderos. Fue Amancio Peinado, primo hermano de Domingo, con el que mantuve una larga conversación en Quismondo por indicación del propio Luis Miguel quien me reveló que «cuando los milicianos fueron a buscar a Domingo padre a La Comanza, iban también a por Domingo hijo», del que ya se conocía su filiación falangista, porque en cierta ocasión, en plena zozobra política, le cogieron un carnet de la organización política que lideraba José Antonio Primo de Rivera. Luis Miguel recuerda que su hermano, con sólo catorce años, vendía a voces por las calles el periódico *Arriba*.

Poco después, en una acción arriesgada y sin gran efectividad militar, Domingo cayó herido en un glúteo al ofrecerse voluntario para asaltar una posición enemiga, siendo evacuado a Pinto, donde le operaron. Allí le visitaron sus padres, que habían recibido alarmados la noticia. Reintegrado a la retaguardia, su espíritu aventurero y su compromiso con los ideales falangistas le llevaron a organizar algunos festivales, con la participación de sus hermanos.

Domingo había nacido en Madrid, el 10 de junio de 1920, en el número 7 de la castiza calle Echegaray, donde entonces vivían

sus padres. Fue bautizado en la iglesia de San Sebastián, donde también lo fueron otros toreros como Rafael *El Gallo* y *Cúchares*, y estudió, como sus hermanos, en el colegio de los Maristas de la calle de los Madrazo, donde hoy se encuentra el Ministerio de Educación. Diecisiete años tenía Domingo, cuando ya había demostrado su coraje personal y la noble motivación que impulsaba los latidos de su generoso corazón.

Su vocación taurina se ejerció en los mismos escenarios que sus hermanos y dio sus primeros lances, con sólo once años, con un capote regalado por el diestro Alfredo Corrochano, lidiando una becerra por primera vez a esa temprana edad. Con sus padres y hermanos padeció las vicisitudes del primer viaje a América y cuando concluyó la guerra civil, José Antonio Girón le citó en la desaparecida cafetería “La Elipa”, en la Gran Vía de Madrid, para ofrecerle un puesto destacado en su entorno político. Son los primeros pasos del nuevo Régimen, en el que Girón tendrá un significado papel, pero Domingo como otros muchos falangistas, se ha sentido decepcionado por la utilización política del ideario de José Antonio Primo de Rivera como soporte de una dictadura militar. Domingo creía en la justicia social, en la solidaridad y en la camaradería, y como indómito aventurero que fue, rechazó los ofrecimientos de asumir un papel burocrático en la revolución “nacional-sindicalista”.

Domingo dijo “no” a Girón y a un proyecto de vida, probablemente más seguro y confortable, aduciendo que quiere ser torero y que se cree con condiciones para seguir los pasos de su padre y cumplir el compromiso que todos los hermanos han asumido en Lisboa de ser toreros. Para salir adelante, solicitaron un préstamo al subgobernador del Banco de España –entonces Banco privado–, Don Ramón Artigas, de 3.000 pesetas y con él los chicos consiguieron comprar vestidos de torear, muletas, y capotes. Domingo y Pepe empezaron a torear con caballos, y cuando no toreaban, acompañaban a su padre en sus tertulias de

la cervecería Alemana, de la plaza de Santa Ana, y en la de “El Gato Negro”, en la calle del Príncipe. También se hicieron habituales de la tertulia que se había montado en la librería del recordado Antonio Berdegué, en la calle Cedaceros, y por la que desfilaban personas del mundo de los toros y de la cultura.

Domingo le encargó a Santiago Pelayo “Ripollés” un traje grana y oro, con él empezó su andadura profesional. Debutó en la plaza de toros de Linares, el 25 de julio de 1939, con sus hermanos y su presentación en Madrid no se hizo esperar, ya que el 1 de septiembre de 1940, Domingo se anunció con su hermano Pepe y Mariano Rodríguez –apodado *El Exquisito*– en la lidia y muerte de seis novillos de Arturo Sánchez Cobaleda. Repitió cuatro días después con una novillada de Miura, que puso a prueba sus conocimientos, su contundencia estoqueadora, su valor y el de su hermano Pepe. Al término de la novillada, Domingo compartió con su hermano Pepe la invitación de su padre a tomar una copa en “Villa Rosa”, lugar de moda de la noche madrileña. Su debut en las plazas ya ha definido una personalidad apasionada y un valor seco, contundente, que le llevará a consagrarse como un gran estoqueador.

Al no poder torear Luis Miguel en plazas españolas por ser menor de edad, toda la familia inició una aventura por América, lo que permitió a Domingo fomentar su personalidad inquieta y aventurera, a la vez que ejercitar sus condiciones de lidiador, toreando en 1941 en las plazas de Perú, Venezuela y Colombia. Al mismo tiempo, Domingo se inició en la conquista femenina, hasta el extremo de hacerse novio de Pilar Múgica, prima de Manuel Múgica *Monongo*, que era un gran amigo de Picasso, que luego lo fue de su hermano Luis Miguel. Para darle la alternativa a Domingo, su padre invitó a Luis Gómez *El Estudiante* quien se desplazó expresamente para la ocasión, ceremonia que en la Península no tendría validez, por lo que pocos meses después de su regreso de América, Domingo tomó

la alternativa, esta si válida, en la plaza de toros de Barcelona, el 7 de junio de 1942, de manos de un antiguo y buen amigo de la “casa”, Joaquín Rodríguez *Cagancho*, que le cedió los trastos del toro “Discípulo”, de la ganadería de otro amigo entrañable, Domingo Ortega. Y solo tres semanas después, el 25 de junio, fue otro veterano, Nicanor Villalta quien le ratificó el doctorado en Madrid. En ambas ceremonias fue Emiliano de la Casa “Morenito de Talavera” quien ofició de testigo y en ambas tardes demostró Domingo valor y facilidad estoqueadora, pero pronto vivirá en sus carnes la dureza de esta difícil profesión.

El 10 de abril de 1944 cayó herido de gravedad en Barcelona, por un toro de Pablo Romero, al dar una gaonera y el 29 de junio del mismo año resultó corneado en la plaza de toros de Talavera en el muslo izquierdo, alternando con Juan Mari Pérez Tabernero y Manolo Escudero. No le quitaron el valor las cornadas, pese a ser tan seguidas, y Domingo se ganó fama de un supremo y contundente estoqueador.

Pero ya por su mente fluían otros ideales y nuevas utopías, que ha alimentado en lecturas de intenso contenido y clandestino origen, con las que ha paliado las largas horas de la convalecencia hospitalaria, entre cornada y cornada. Y en 1945, Domingo aceptó la invitación de su hermano Pepe para torear algunas corridas en Portugal y -después de una de ellas, por la noche, con parte de las ganancias decidió probar fortuna en el casino de Figueira de Foz, rogándole a Pepe que si volvía a buscar más dinero no se lo diera. Como era de prever, una mala racha le dejó sin “blanca” y como Pepe suponía, a media noche fue despertado por su hermano, que le exigía la entrega del resto de sus ganancias. Como Pepe le recordara sus palabras, Domingo las rebatió diciéndole a su hermano menor que quién era él para administrar su dinero y que él era ya “mayorcito” para saber lo que tenía que hacer. Pepe cedió y Domingo se fue con otros 2.000 escudos en el bolsillo, regresando a altas horas

de la madrugada con los bolsillos llenos de billetes, diciéndole a su hermano Pepe, que así lo cuenta en *Mi gente*: «¡Toma, hombre de poca fe, haz dos partes! Ahí tienes más dinero que si te pagasen cien pares de tus famosas banderillas... y sin correr tanto, esclavo».

Domingo dejó los toros el 16 de septiembre de 1948, después de torear en la plaza de toros de Lorca, con sus hermanos, Pepe y Luis Miguel. A ello le llevó los pocos contratos y su rei-



Fig. n.º 11.- La familia Dominguín al completo. Los padres, Domingo y Gracia, los hijos, Domingo, Pepe, Luis Miguel y las hijas Carmina y Gracia, Apud. Wikipedia.org.

terada vulnerabilidad, y que esa tarde, tras ímprobos esfuerzos pudo embutirse en el traje de luces, pues ya había engordado mucho. El escritor Ricardo Muñoz Suay, gran amigo suyo, me reconoció años después en Valencia cuando le visité para escribir la biografía de Luis Miguel Dominguín que Domingo le había dicho: «dejé de torear una tarde que me sentí ridículo con unas medias rojas y unas manoletinas».

DOMINGUITO, APODERADO Y EMPRESARIO

Sus primeros esfuerzos como empresario le llevaron a crear la empresa O.T.E.S.A. (Organización Taurina de Espectáculos, Sociedad Anónima) y Luis Miguel me contó que con 28 años de edad, cuando ya había empezado a dejar el toreo activo se dirigía a él y su hermano Pepe con esta ironía: «Vosotros a torear. No servís para otra cosa, esclavos. A vestirse de colorines con las medias rosas y ese ridículo gorrito en la cabeza. ¡Hala! a divertir al público como Pompoff y Teddy, que para eso os pago. ¡Jornaleros!».

Su espíritu romántico no estaba reñido con su competencia profesional que le permitió apoderar, además de a su hermano Luis Miguel, a su cuñado Antonio Ordoñez, en dos etapas, a Rafael Ortega –el gran torero de San Fernando al que integró en la casa *Dominguín* en sus primeros años de alternativa–, a Miguel Mateo *Miguelín* y a Curro Romero. Como empresario administró la plaza de toros de Granada, donde por cierto protagonizó una memorable anécdota al soltar un cabestro como sobrero del toro de rejones, previa introducción en uno de sus orificios naturales de unas mágicas gotitas de aguarrás. Apoderó en 1953 a Domingo Ortega en su último retorno a los ruedos y fue él quien le convenció para que torear la corrida de Miura en la feria de Sevilla y con su padre consiguió el objetivo final de situar a Luis Miguel en la cima.

Cuando Domingo vio que a su hijo Luis Miguel se le cerraban las puertas de los carteles en competencia con *Manolete* primero y de éste y Arruza después, desplegará todo su ingenio y sabiduría para romper ese bloqueo y consiguió que la Diputación de Madrid le incluyera en la corrida de la Beneficencia, empeñando hasta su casa para donar 100.000 pesetas que la institución no pudo rechazar incluyendo dos toros en el cartel. Luis Miguel fue el triunfador. Conseguido el objetivo de vencer ese “veto” en la temporada de 1947 –en la que Luis

Miguel alternó varias tardes con *Manolete* y entre ellas la última en Linares— y muerto *Manolete*, Luis Miguel ya fue durante tres temporadas —entre 1948 y 1951— la máxima figura del toreo en España. A Don Domingo le quedaba por cumplir un viejo sueño: el triunfo de su hijo en México, objetivo que centrará la campaña de 1952 y que concluirá con el éxito de Luis Miguel en la Monumental Mexicana. Ese mismo año, el viejo luchador del toreo y forjador de tantas carreras de toreros, encauzará la de uno muy especial y que tendrá peso propio en las vidas de sus hijos y en la historia del toreo: Antonio Ordoñez. En él encontró grandes cualidades y por él llegó a sacrificar la carrera profesional de uno de sus hijos, Pepe, y a bendecir su matrimonio con su hija Carmina.

Es entonces, cuando Don Domingo *Dominguín* vio llegado el momento de que fueran sus hijos Domingo y Pepe quienes asumieran el protagonismo empresarial y la tutela de los intereses de Luis Miguel, el gran filón familiar. Y antes de continuar con la trayectoria de *Dominguito*, hay que relatar que queda por evocar un episodio histórico que caracteriza la personalidad de Domingo padre, porque en los años finales de su vida, fue su empeño en que sus hijos se reconciliaran con su yerno Antonio Ordoñez, que había abandonado la tutela de los *Dominguín* después de que éstos, como ya he relatado, se ocuparon de lanzarle bajo el manto protector de Luis Miguel.

En octubre de 1957, y mientras Luis Miguel actuaba en la plaza de toros de Hellín, Domingo se sintió enfermo, sufriendo una gran hemorragia que preocupó a todos. Consultado el Doctor Jaime Merchán, hijo de su gran amigo Don Román Merchán, boticario y alcalde de Quismondo, le diagnosticaron un cáncer de recto, aconsejándole que viajara a Heidelberg para ser operado en la clínica Ludwig Rudolf por el Doctor López Varela, discípulo de Carlos Jiménez Díaz, que anunció a la familia que sólo le quedaban seis o siete meses de vida.

Y efectivamente, el 23 de agosto de 1958, moría Domingo González Mateos, *Dominguín* en su casa de Madrid, de la calle del Príncipe 35, a los sesenta y tres años de edad, después de haber levantado un sólido imperio gracias a su inteligencia y coraje. Días antes, Luis Miguel había resultado herido en Santander donde ya salió vestido de negro. La noche del entierro en la Sacramental de San Isidro de Madrid, Luis Miguel salió para Cádiz en cuya plaza de toros— hoy desaparecida— hizo el paseíllo el 24 de agosto, roto de dolor y tragándose la tristeza, dando así cumplimiento a las severas enseñanzas de su padre.

Luis Miguel me habló mucho y con admiración de su padre que le insistía: «la clave del éxito no estaba en darse importancia, aunque se tenga, sino en que se la den a uno los demás». Para Javier Pradera, «tanto Domingo como Luis Miguel le tenían pánico a su padre, que era un tío muy cazurro».

Dominguito y Luis Miguel cumplieron la última voluntad de su padre, que fue que los dos hicieran un esfuerzo por reintegrar a Antonio Ordóñez en el seno de la familia y así fue como en la temporada de 1959, Ordóñez fue apoderado por *Dominguito*, que estableció que parte de la misma se basara en la competencia entre los dos cuñados, que aceptaron el reto y que lo llevaron a la consecuencia de que fueron heridos de gravedad, especialmente Luis Miguel, quien llevado de su coraje y orgullo para superar la mayor clase de Antonio cayó herido dos veces y muy seguidas y en las dos alternando con Ordóñez: en Valencia el 30 de julio y en Bilbao el 21 de agosto, Ordóñez también resultó herido dos veces, en Aranjuez y en Palma de Mallorca. Hemingway que siguió el duelo con pasión lo bautizó como “El Verano sangriento” haciendo leyenda con su pluma de la última gran rivalidad que ha habido en los ruedos.

DOMINGO, PRODUCTOR DE LA PELICULA
“VIRIDIANA” Y MIEMBRO DEL PCE

Para Javier Pradera, la conexión de Domingo con el Partido Comunista se produjo en una de sus estancias en México, a través de los exiliados y desde entonces, su activismo fue intenso y desbordado, como correspondía a su personalidad, que en opinión de Pradera era «genial y devoraba la vida. Domingo no podía estar sólo un momento». Sus contactos con los miembros del Partido Comunista se canalizaron a través de Jorge Semprún, que era el “liberado” del partido en España, y que usaba los seudónimos de Federico Sánchez y Agustín Larrea y fue precisamente a través de Federico Sánchez que Javier Pradera conoció a Domingo. Se citaron en el Parque del Retiro, que era el sitio adecuado –según el Partido– para una cita clandestina, y se hicieron inseparables. Domingo era casi catorce años mayor que Semprún pero éste con Javier Pradera y el novelista Ignacio Aldecoa se convirtieron en su séquito cotidiano. Pradera recuerda la veneración que Domingo sentía por Luis Miguel, «con el que –en su opinión– mantenía una relación tan intensa que no toleraba que nadie pusiera en duda su valía. Durante la competencia con Antonio Ordoñez, muchos de los amigos de Domingo –evoca Pradera– éramos partidarios de Antonio y Domingo se enfurecía».

Pradera me recordó también la extraña personalidad de Luis Miguel, con el que una noche se fueron a cenar fuera, su hermano Domingo, Jorge Semprún, Alberto Machinbarrena y pese a que estaba en pleno éxito les dijo: «cuánto os envidio, sois felices conspirando, viviendo una aventura. Yo tengo doscientos millones y alterno con gente que tiene barcos, villas, y no soy feliz...». Y es que entonces, confirmó Pradera: «En aquellos años la imagen de Luis Miguel estaba marcada para nosotros por su relación con Franco, el marqués de Villaverde y otros personajes del régimen».

Ricardo Muñoz Suay fue otro de los más entrañables amigos que tuvo Domingo y juntos vivieron la aventura de la clandestinidad política en su máxima expresión, al ser Muñoz Suay el responsable de las actividades culturales del PCE. Para Muñoz Suay, Domingo fue el hombre más generoso que había conocido y en la entrevista que en 1994 mantuve con él en Valencia para la realización de la biografía de Luis Miguel, me dijo «Era muy inteligente y muy ingenioso y como algunas personas llamaban a Jorge Semprún *Pajarito*, Domingo se empeñó en llamarle *Pajarraco*». Ricardo recuerda que «Domingo fue la amistad más grande que he tenido, y estábamos todo el día juntos, en su casa de Ferraz nº 12». Muñoz Suay admitió: «Domingo asumió su militancia clandestina con una seguridad y puso su casa de la calle Ferraz y su oficina en la calle Marqués de Urquijo a disposición del PCE, y en Ferraz vivió escondido Jorge Semprún». «Domingo –recuerda Muñoz Suay– instaló un armario con un falso espejo para ocultar a su entrañable amigo Federico Sánchez». Y me confesó que «*Dominguito* notaba la importancia del dinero cuando no lo tenía y nunca creyó que la valía de un hombre se debiera medir por su riqueza».

Con esos principios, causaba admiración entre el medio taurino por el estoicismo con el que encajaba las pérdidas que le ocasionaba el negocio y sus amigos, que fueron muchos me han evocado su prodigalidad y su carácter desprendido y altruista. Javier Pradera, que tanto le quiso, me contó en una larga conversación en el restaurante “Sacha” de Madrid: «Domingo siempre pagaba, no sé cómo se las apañaba pero cuando ibas a pagar o a compartir, él se había adelantado o no te dejaba pagar».

En su último libro *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Semprún evoca con tristeza la ausencia de Domingo y como fue él quien organizó que el *Che Guevara* en su escala en Madrid, en 1959, camino de una cumbre en un país africano, visitara la plaza de toros de Vista Alegre, imagen que fue inmortalizada por el fotó-

grafo Botán y que le muestra con su barba, y su guerrera en la barrera de la plaza.

Domingo llevaba su activo proselitismo a sus muchas tertulias, porque hay que decir aquí que su personalidad se hacía evidente en la conversación colectiva, ya fuera en la Cervecería Alemana, en el Hotel Victoria o cómo recordó Luis Miguel en una de nuestras muchas conversaciones celebradas en 1994: «o en Lhardy donde se reunían a media tarde, con frecuencia, a disfrutar de su caldo y de sus croquetas personalidades de la talla de Julio Camba, Paulino Garagorri, el escultor Juan Cristóbal, que fue quien esculpió la estatua de “El Cid” en Burgos, – y el inefable Pepín Bello, que siempre nos contaba historias del ambiente de la Residencia de Estudiantes en la que vivió tantos años y donde trató muy estrechamente a Federico García Lorca, Salvador Dalí y Luis Buñuel». «A veces –continuaba evocando Luis Miguel– venían también los arquitectos Carlos Arniches, Alfonso Buñuel y Fernando Chueca Goitia, que fue quien nos diseñó el palco de “La Compañía” y que fue gran amigo mío». «Otro de los lugares de encuentro habitual –me relató el editor Pepe Esteban– era el café Pelayo, que estaba en Menéndez Pelayo esquina a Alcalá. Allí nos reuníamos con Domingo y Federico Sánchez, Gabriel Celaya y su mujer Amparito, Armando López Salinas, Jesús López Pacheco y Alfonso Sastre. Domingo era todo entusiasmo y vitalidad y acogía las propuestas de acción con un inmediato: “yo puedo llamar a Fulanito y a Zutanita para que firmen”». «No era –continúa Pepe– un dirigente activo sino un militante cualificado que servía de enlace con otros sectores profesionales». Fernando Chueca Goitia trató a Domingo en esos escenarios mundanos del Madrid de finales de los años 40 y en un encuentro en su estudio de arquitecto en la esquina de la calle Fernando VI, casi frente a la iglesia de Santa Bárbara, me contó: «Conocí a Domingo Dominguín en una cena en el restaurante “La Criolla”, de la calle Fuencarral de

Madrid, organizada por el escritor José María Cossio y recuerdo que se comportaba en público, siempre con generosidad y coincidí con él otras veces en un restaurante próximo a la Puerta de Toledo, en cenas a las que asistía también Antonio Díaz Cañabate y años después Jorge Semprún».

En opinión de Fernando Chueca Goitia, Domingo cambió mucho cuando asumió su compromiso político comunista y fue precisamente Semprún quien más le influyó «Su compromiso clandestino le varió el carácter, tornándose más serio y muy impuesto en su papel de conspirador. Me decía: «Fernando convéncete, el mundo va por ahí». Quien también frecuentaba este grupo de amigos era el escritor Juan Benet, primo de Fernando Chueca, y que le tomaba un poco el pelo a Domingo –fiel a su personalidad y carácter–. Un día, recuerda Chueca, Benet le propuso: «Domingo, ¿por qué no organizas la feria de Moscú, y te traes unos toros de Crimea?»».

Fue Fernando Chueca Goitia quien construyó junto con Alfonso Buñuel en el palco de la plaza de toros de piedra de la finca de los Dominguín, “La Compañía”. Por su parte, Pepe Esteban recuerda el ardor con el que Domingo acostumbraba a decir «Eso se lo pediré a Luis Miguel». Domingo participaba en las reuniones del Partido como un enlace influyente, sin cometido concreto.

«Muchas de las reuniones, –continúa Esteban– se celebraban en su casa de Ferraz y a veces, en plena discusión o en el momento de diseñar una acción cultural, entraba Luis Miguel, que parecía un aristócrata, y se disculpaba: “Perdón Domingo, puedes salir un momento”».

Con su habitual mordacidad y al corriente de los trasiegos políticos de su hermano, Luis Miguel me contó que en un día, al salir Domingo de la habitación llena de humo, le gastó la broma de decirle: «Qué, ¿peces gordos?». (Aludiendo con ironía a la coloquial alusión a los miembros del partido “peceros”, del PCE).

Una de las primeras iniciativas que asumió Domingo en la clandestinidad fue la creación de una productora de cine, UNINCI, entre cuyos accionistas figuraban su hermano Pepe y el director de cine Juan Antonio Bardem, que había sido el coguionista de la película “Bienvenido Mr. Marshall”, una de las más importantes de la historia del cine español. Bardem, militante del PCE desde 1943, recuerda el entusiasmo y la pasión que Domingo ponía en sus actividades “partidarias” y la ilusión que sentía por todos los proyectos de UNINCI. No obstante, su participación en la película “Viridiana” fue constante, como productor ejecutivo, junto al productor mexicano Gustavo Alatriste, gran amigo de Luis Buñuel. Una noche, ya con el proyecto “Viridiana” sobre la mesa, cenando en el castizo “Callejón de la Ternerera”, Ricardo Muñoz Suay propuso a Domingo como gerente de UNINCI, lo que en opinión de Bardem «era un disparate, porque si había alguien caótico entre todos nosotros era él, pese a que cuando ponía en marcha una idea lo primero que hacía era gastarse un dineral en papelería». «Domingo era –me contó Bardem en una larga entrevista celebrada en su oficina cerca de la Gran Vía de Madrid– un tipo extraordinario, generoso, alocado y genial que cada día hacía un esfuerzo por ser organizado, pero no era un hombre idóneo para coordinar a unas gentes como nosotros».

Las vicisitudes por las que pasó la película me fueron evocadas por muchas de las personas con las que hablé y entre todos saqué la conclusión de que fue un gran proyecto que involucró a todos ellos de forma decisiva. En cualquier caso, lo más concluyente es que todos los que intervinieron en su financiación, sufrieron un grave quebranto económico, que tuvo además repercusiones políticas, al ser cesado el Director General de Cinematografía, y personales, al provocar el enfado entre Bardem y Muñoz Suay, situación que se mantuvo hasta la muerte de ambos. Ricardo me reconoció: «Después de ese fracaso

abandoné el PCE, me desvinculé totalmente de UNINCI, y vendí mis acciones en 200.000 ptas. Pero lo más duro fue la quiebra de la amistad con Juan Antonio y tantos otros compañeros».

“Viridiana” fue seleccionada para su pase en la sesión oficial del Festival de Cannes, en representación de España, y una vez proyectada en la pequeña ciudad francesa, se prohibió su distribución en España pese a las gestiones que hicieron en su favor tantas personas y entre ellas Luis Miguel, que intercedió para satisfacer, una vez más, a su hermano y para tratar de evitarle un descalabro económico tan importante.

DOMINGO SE SUICIDA EN GUAYAQUIL

Mientras duró la ausencia de Luis Miguel de los toros, entre 1961 y 1970, Domingo administró con su hermano Pepe la plaza de toros de Vista Alegre y en ella lanzaron el proyecto el novedoso certamen de la “Oportunidad”, que contó con el respaldo de Televisión Española y del diario *Pueblo* y del que saldrían tres toreros importantes: Sebastián Palomo Linares, Ángel Teruel y Curro Vázquez. Domingo trató a Palomo Linares en seguida como un hijo, llevándoselo a su propia casa y para lo cual obligó a su hijo Domingo a dejarle su habitación. Visto el éxito, Domingo recurrió a los hermanos Pablo, Eduardo y José Luis Lozano, ofreciéndoles una participación en la empresa. Otro torero surgido de la “Oportunidad” fue Ángel Teruel que se vinculará a Domingo y Pepe profesionalmente, y además familiarmente, al casarse con Lidia una de las hijas de *Pochola Dominguín*. Y por último, Curro Vázquez, que como Teruel se unirá también a la casa *Dominguín* porque le apoderó Domingo en 1970 y 1971 y porque se casó con su hija Carmen, conocida como *Patty*.

Algunos testimonios confirman que ante la desorganización con la que Domingo llevó “La Oportunidad”, los Lozano vieron la ídem de hacerse con los mandos del asunto y de paso con el apoderamiento de Palomo Linares. Como otras veces, Domingo

se entusiasmó al principio pero lo suyo no era el día a día, y cada vez más se ocupaba de temas ajenos al mundo de los toros, tal era su implicación política. Y otro hecho condicionó su actitud: la muerte de su amigo del alma, el novelista Ignacio Aldecoa, que sufrió un infarto fatal un sábado en la propia casa de Domingo, en la calle Ferraz.

Pero en 1971 reapareció en los ruedos Luis Miguel, y Domingo, que ya administraba las plazas de Bogotá y Quito, propiedad de su hermano Luis Miguel, se dedicó a él de nuevo, compartiendo otra vez la aventura de recorrer España con más de cincuenta años, y organizó un equipo de trabajo con los periodistas Rafael Muñoz Lorente y Tico Medina para que llevaran los asuntos de prensa, pero su falta de seriedad en los pagos comprometidos motivó que los dos abandonaran pronto su colaboración. En 1973, Luis Miguel pensando en que esta podría ser su última temporada, y con el objeto de rentabilizar al máximo el final de su carrera profesional, decidió prescindir de su hermano, preocupado por su informalidad en el tema económico y aceptó la exclusiva que le ofrecía el empresario Pedro Balañá y accedió a que los hermanos José Antonio y Javier Martínez Uranga gestionaran la plaza de toros de Vista Alegre, propiedad de Luis Miguel y que fueran los Hermanos Lozano los arrendatarios de la plaza de toros de Bogotá –por cinco años– y después, fueran ellos también quienes se hicieran cargo de la gestión de la plaza de toros de Quito, comprada por él en los años sesenta mediante una sociedad anónima al frente de la cual puso a su hermano Domingo.

Buscando nuevos horizontes, Domingo compró con sus últimos ahorros, una pequeña finca en el pueblo de Cayambe, al noreste de Quito, al pie de la cordillera oriental y a casi cinco mil metros de altura, y la bautizó “Macondo” en homenaje al mítico lugar que hizo famoso Gabriel García Márquez en su novela *Cien años de Soledad*.

Domingo arrendó una plaza portátil para dar una feria en Guayaquil y en la organización le ayudaba su primo Domingo Peinado y un hijo de éste, de igual nombre, que al poco de llegar a Ecuador inició una relación afectiva, con Aura Lucía Mera que era entonces la pareja de *Dominguito*, y a este grave contratiempo sentimental se unió la sospecha de padecer una enfermedad grave pues desde hacía cierto tiempo sangraba por el recto, presentando los mismos síntomas aparentes de la enfermedad fatal de su padre.

“A toro pasado” toda una serie de indicios parecen tener una aplastante lógica y parecen no ser si no actitudes previas a un acto premeditado. Pero Ricardo Muñoz-Suay recuerda como en cierta ocasión, en los años cincuenta, Domingo le había dicho: «Ricardo, Guayaquil es el sitio más bonito para un suicidio». Y el propio Luis Miguel me contó en una de nuestras conversaciones en “La Virgen” que «tres o cuatro años antes de su muerte, el doctor Ricci, un médico italiano amigo mío, me advirtió de las depresiones que podría sufrir Domingo, pero nunca creí que llegara a suicidarse». Por su parte, Juan Antonio Bardem, emocionado por la evocación del amigo, me relató que una tarde vio de lejos a Domingo, llegar a su casa de Ferraz 12 corriendo, sudoroso y demacrado. Desde su anónima visión, Bardem pensó: «Caramba, éste sufre como todos. Y es que Domingo parecía imbatible, tal era su espíritu y dinamismo». En el mismo sentido se manifestó Javier Pradera que la última vez que estuvieron juntos, y que ya un año antes de su muerte, Domingo le animó a irse con él a Ecuador, y Pradera le vio “preocupado y ansioso”, hasta el extremo que después de pasar todo el día juntos le rogó que no le dejara solo.

El 11 de octubre de 1975, Domingo organizó en una plaza de toros de Guayaquil una corrida con la participación del torero mexicano Jesús Solórzano, del ecuatoriano Fabián Mena, y de Curro Vázquez, su yerno, registrando el coso una muy floja entra-

da. Poco antes de que diera comienzo, Domingo dijo no encontrarse bien y decidió no ir a la plaza. Nadie sabe lo que hizo en esas postreras horas de su vida, pero sin duda recreó ilusiones juveniles, evocó las perdidas utopías y la gigantesca voluntad de su padre para salir de Quismondo. Se sentía decepcionado y desengañado, en lo sentimental, asustado en lo físico y hartado de tanta lucha inútil. Domingo se había comprado una pistola y en ella vio la definitiva liberación de la angustia que poco a poco había destrozado su aparente e indestructible fuerza.

Domingo no pensó en que pudo tenerlo todo –poder y dinero– y sí que entre todos habían matado los principales valores de su vida: el amor, la amistad, la generosidad con el conocido, la solidaridad con el anónimo ciudadano del mundo.

LLANTO POR DOMINGO

Al atardecer, se pegó un tiro en el corazón y quienes le conocieron bien elogian su última opción, porque prefirió disparar la pistola del calibre 22 al corazón en lugar de la cabeza: no quiso que el tiro apuntara a la sien –como tantos– ni a la boca –como Hemingway y otros muchos–. Algunos testigos de su suicidio hablan de que su agonía no debió ser gratificante, ya que la muerte no fue instantánea, porque no es fácil atinar con el lugar exacto donde se encuentra el corazón.

En Madrid, a miles de kilómetros de distancia, Javier Pradera, había trabajado normalmente en su despacho de Alianza Editorial revisando originales y supervisando la línea de producción de la Colección Alianza de Bolsillo. Desde la calle Milán se dirigió a su casa y después de cambiarse y descansar un rato salió a cenar con unos amigos al restaurante “La Ancha”, su restaurante preferido, y donde especularon con las últimas noticias de la enfermedad de Franco, recogieron el rumor más fúnebre y vivieron la zozobra institucional y personal que rodea a los grandes momentos de la Historia. Al regresar a casa se tomó un

último whisky y repasó las líneas generales de un nuevo periódico –*El País*– que iba a ver la luz en la primavera de 1976 y en torno al cual se iban a aglutinar cualificadas personalidades que veían con preocupación el futuro de España. Al día siguiente leyó en “Informaciones” la noticia de que Domingo *Dominguín* se había suicidado. Y lloró, con la melancolía de los grandes momentos vividos juntos.

En París, Jorge Semprún paseó en silencio la noticia de la muerte de Domingo. Con él se había muerto el amigo de Federico Sánchez, el intrépido colaborador, el osado cómplice que tantas veces le había ocultado en su casa de Ferraz 12. Semprún evocaría así, años después, la ausencia definitiva de Domingo en su vuelta a Madrid:

«Pero en 1988, cuando me nombraron ministro, Hemingway había muerto. Domingo también. Se habían suicidado ambos. Ambos se habían pegado un tiro. Me había asombrado. Hablo de Domingo, claro está: me había asombrado de Domingo que era el ser más vital que jamás haya conocido. Inventivo como la vida misma. Imprevisible como la vida misma. Pero tal vez ¿cómo saberlo? tal vez descubriera la querencia de la muerte precisamente por esa misma vitalidad. ¿Un día de soledad? ¿Cómo saberlo?».

Y para rodear aún más de misterio y un halo de magia la muerte de su amigo, Semprún relataba este encuentro:

«Años más tarde, me encontré con la mujer con la que Domingo compartía su vida en aquel momento. Si es que realmente puede compartirse la vida con una mujer. O con quien sea. Si es que puede compartirse la vida con algo que no sea la muerte. Sea como sea, aquella mujer que había creído compartir la vida de Domingo, me enseñó la carta que éste le había escrito justo antes de dispararse una bala mortal. Me tembló el cuerpo al leer esa carta. Domingo *Dominguín* citaba una frase que yo había

escrito en la primera página de una de mis novelas. Deliberadamente recordaba aquella dedicatoria en que se aludía a la felicidad. Porque vivir, a veces, puede parecerse a ser feliz. No es impensable. Había transcrito la frase que yo escribí en la dedicatoria de *La segunda muerte de Ramón Mercader: Por los soles compartidos*. Después se había pegado una bala en el corazón. En Guayaquil, en el otro extremo del mundo. Si es que el mundo empieza por nuestro extremo. Me tembló todo el cuerpo al leer la carta de Domingo a la mujer que ya solo podía compartir su muerte. Miré a aquella mujer, y me tembló el cuerpo: ya solo podíamos compartir la muerte de Domingo»

En Barcelona, la mujer de Ricardo Muñoz Suay, Nieves le despedía cuando salía para trabajar en la editorial Seix Barral, quedando para comer juntos. Minutos después sonaba el teléfono.

«¡Qué raro! –pensó– ¡Tan pronto! ¿Quién será?

– Si, dígame.

– Nieves, soy Eduardo Haro. ¿Cómo estáis?

– Bien; Ricardo se acaba de marchar ¿quieres llamarle luego a la oficina?

– No, oye Nieves, os llamo para deciros que Domingo Dominguín ha muerto.

– ¿Pero qué dices? ¿Cómo ha sido?

– Se ha suicidado. Lo sé por Javier Pradera y lo publica “Informaciones”. Es tremendo, ya sabes que desde hacía unos meses estaba muy inquieto y se ha pegado un tiro.

– ¡Qué disgusto va a tener Ricardo! No sé si decírselo.»

Nieves no se atrevió a revelarle a su marido, que el amigo del alma, el amigo al que no veía desde 1962, el amigo del que se distanció entonces por problemas ideológicos y de dinero, se había suicidado. Durante cuarenta y ocho horas, que se hicieron eternas, Nieves esperó a verle más tranquilo, a que la confianza y la intimidad de tantos años no le traicionaran, y al cabo de las

mismas le reveló, entre sollozos que Domingo se había suicidado. Y Ricardo lloró como Javier Pradera, como Jorge Semprún, como Eduardo Haro Tecglen, como Juan Antonio Bardem, hombres todos curtidos en la lucha por las convicciones, capaces de soportar en sus carnes la represión ambiental del franquismo y de tolerar sin pestañear la amenaza de la delación o la tragedia de un interrogatorio en la Dirección General de Seguridad.

Con indisimulada emoción, Luis Miguel me contó la llamada que a altas horas de la madrugada le hizo Mignon Plaza desde Quito. «Miguel, Domingo está mal, cógete el primer avión y vente para aquí». Luis Miguel insiste en que desde que descolgó el teléfono sabía que Domingo había muerto, preparó su maleta y se dirigió al aeropuerto de Barajas, para tomar el primer avión, llegando a Quito vía Caracas, en una avioneta particular.

Al llegar todavía estaba el cuerpo de Domingo expuesto en la casa de Aura Lucía; todo el mundo esperaba que fuera Luis Miguel quien tomara las últimas decisiones y así fue, respetándose la última voluntad de Domingo, manifestada en un testamento en el que pedía que se le enterrase en el pueblo de Cayambe junto a la finca que compró en Ecuador, para hacerse con una ganadería brava. Domingo había solicitado la nacionalidad ecuatoriana porque entendía que daba lo mismo ser de Ecuador, Colombia o Burgos, porque –decía– en todos sitios hay toros. Luis Miguel me ha revelado que consiguió reparar algunas decisiones tomadas por su hermano, como la titularidad de las acciones de la plaza de toros de Quito, tras pasadas –al parecer– a su nueva compañera y a nombre de otros amigos.

Domingo estaba separado de su primera mujer “Carmela” Aparicio con la que tenía tres hijos, Domingo –al que todos conocen como *Pas-pas*–, Carmen –casada con el diestro Curro Vázquez– y Marta, casada con Paco Alcalde, otro destacado torero de los años setenta.

Domingo tuvo una permanente inquietud que le llevó a devorar libros, a conocer a cuanta personalidad tuviera un interés cultural y sintió en muchas ocasiones la tentación literaria, sin duda producto de su mente imaginativa y de sus buenas dosis de observador de la realidad.

Para concluir esta apasionada semblanza, nada mejor que reproducir lo que escribió el escritor y crítico taurino del diario *Pueblo*, Gonzalo Carvajal, quien sacó a relucir en sus páginas toda su gran pluma, inmortalizando la figura de Domingo en un soberbio artículo titulado: “No sirve el llanto, Domingo” del que reproduzco párrafos tan emotiva y bellamente escritos:

«Lo dicen los telegramas –Domingo Dominguín se mató en Guayaquil– y yo no me lo creo. Como no se lo creen Rafael Alberti en Roma; ni Pepe Bergamín en Madrid; ni el “sordo” Buñuel en París; ni Hernando Santos en Bogotá; ni el “cholo” Guayasamin en Quito; ni Luis Suárez en México, y no cito más nombres por no hacer interminable la lista de muchos amigos que tuviste, Domingo.

¿Cómo puede estallar en muerte un prodigio de corazón, gracia y teoría imaginativa? Se mueren los hombres que caminan la vida con tranco al uso, pero no los que la vuelan con el genio en la cabeza y en el espíritu....

Que no me lo creo. Que Domingo Dominguín no ha muerto. Se habrá ido a montar corridas de toros en otro planeta, donde la amistad a machamartillo sea moneda de curso legal. O estará volando hacia alguna distante galaxia para producir una nueva Viridiana –él ya produjo la que se hizo en la Tierra– , donde haya que echarle todo el ingenio del universo para convencer a Buñuel que la dirija y ganar un premio».

Y terminaba Gonzalo de Bethencourt, –Carvajal era su seudónimo– con estas hermosas palabras, fruto de la admiración y la amistad:

«Porque dicen que te has muerto –y sin quererlo creer sigo– me he puesto a escribir estas líneas, pero tengo la certeza plena –la misma que comparten Rafael, Pepe, los Luises, Hernando, Oswaldo, y muchos de tus amigos– de que todos los días no se entierran hombre como tú, Domingo».

